

El descubrimiento de la lentitud

Cuanta más velocidad, cuanta más superficie se cubre, menos profundo. La velocidad, pero también la lentitud son precisas a este mundo.

Las cosas buenas, sólidas, solventes, son intemporales. Y hablan, siempre, de nosotros.

En 1983 se publicó en Alemania, El descubrimiento de la lentitud, una obra de Sten Nadolny que publicó en España Edhasa (edición de bolsillo en Debate).

A través de la vida del navegante inglés John Franklin (1786-1847) se nos presenta en un libro espléndido una de la más inteligentes reflexiones sobre el tiempo y sobre la lentitud, como un arte de darle ritmo e intensidad a la vida.

La tesis es atractiva: en un barco se precisan personas capaces de tener dos velocidades: uno, para las decisiones urgentes (no chocar contra un escollo, responder a una agresión imprevista); otro, mucho más reflexivo, para las decisiones estratégicas. Cuando sólo la velocidad es estrategia el resultado puede ser efímero. El barco es ingobernable.

Un libro útil no sólo para lector de buena literatura, sino también para gestores (¿qué libro no es útil para un gestor?) Incluso la mejor novela italiana de principios de siglo, La conciencia de Zeno de Italo Svevo recoge la frase “En los negocios la teoría es utilísima, pero sólo operativa cuando ya se han liquidado los asuntos”.

En suma, que el mejor pensamiento no es siempre sólo el más veloz, sino el más hábil, profundo, capaz de ver más y mejor, más matices y detalles.